

fueres, y poderosos testimonios para ser creído, nunca me contentaré con los que bastan para probar un hecho común, y regular.

39 ¿Pero qué testigos tenemos del suceso de nuestra enferma? Solo se me citaron dos, su Confesor, y el Cirujano que la asistia. Doy que entrambos sean muy veraces, lo que especialmente creeré sin dificultad del Confesor, de cuyas prendas se me hizo una buena pintura. ¿Pero no pudieron estos dos ser engañados? Sin duda: porque debo suponer, que ninguno de ellos asistia siempre en presencia de la enferma en continua vigilancia para observar si le ministraban algun alimento. Realmente todo bien considerado, la inclinacion á descreer el hecho, vá cuesta abaxo; porque la Phyllosofia, para salvarle, vá muy cuesta arriba.

CARTA XIX.

PARALELO DE LUIS XIV, REY de Francia, y Pedro el Primero, Czar, ò Emperador de la Rusia.

1 MUY Señor mio: Discurro, que la letura del Paralelo, que hice de Carlos XII, Rey de Suecia, con Alexandro Magno, movió á Vmd. á solicitar otro semejante de los dos famosos Principes, que poco há reynaron, Luis XIV en la Francia, y Pedro el Primero en la Rusia: en que suponiendo Vmd. que ambos merecieron el epitheto de *Grandes*, que les dá la Fama, duda quien entre los dos se deba reputar mayor, en caso de no ser perfectamente iguales.

2 Ya sobre este punto escribió algo el Spectador Inglés, ò *Socrates moderno*, (uso de la voz *Spectador* nueva
en

en el Castellano, por no hallar en nuestro idioma otra enteramente equivalente á la Latina *Spectator*) en el Disc. 1. del Tom. 3. Pero sobre que el Paralelo, que hizo este amenisimo Autor, es demasadamente ceñido, le hallo algo vicioso, porque no disimula en él el desafecto reynante en su Nacion hácia el Monarca Francés. Quanto á la substancia, convengo con él en la preferencia que dá al Moscovita; y aun juzgo, que esta preferencia estriva en unas insignes ventajas.

3 Pedro Alexovitz, Emperador de la Rusia, si se atiende al complexo de calidades, y acciones por donde comunmente el Mundo califica de Grandes á los Principes, fue no solo uno de los mayores, que tuvo el Mundo, pero tan sobresaliente aun en esta misma elevada clase, que apenas se hallará otro, que se le deba preferir. Con advertencia he ceñido el merito del elogio al dictamen comun del Mundo; porque supongo, que no se puede decir absolutamente Principe excelente el que no posee todas aquellas Virtudes Morales, que exige un imperio razonable. A uno, que en presencia de Agesilao, Rey de Sparta, ponderaba el gran poder del Rey de Persia, replicó con generosa indignacion Agesilao: *No es mayor Rey que yo, quien no es mas justo que yo.* Mas oportuno fuera el apotegma, si la magnificencia, con que el otro hablaba del Rey de Persia, fuese relativa á otra grandeza, que á la de su vasto imperio. Pero no es esta la regla de que usa el Mundo para medir la estatura de los Reyes. Sea un Alexandro, lascivo, intemperante, ebrio, cruel á tiempos, y siempre usurpador; como posea en un grado eminente las Virtudes Militares, y en sus empresas corresponda su fortuna á su valor, será de todos los siglos apellidado *Alexando el Grande*.

4 Es verdad, que aun de aquellos que no son muy escrupulosos en la definicion del Heroismo, son muchos los que no reconocen por Heroes á los que poseen aquellas virtudes, si están manchados con tantos vicios. Si hablasemos con toda propiedad, no concedieramos la alta prerrogativa de Heroe á quien habitualmente padezca algun grave de-

defecto Moral. Pero el Idioma de los políticos moderados, y aun de plumas bastantemente religiosas, no pide tanto; antes están regularmente convenidos en practicar con los Principes ilustres un genero de condescendencia benigna, en orden à algunos vicios, especialmente el de la ambicion, y otro hácia quien es muy resbalizada la libertad de los Soberanos, como se contengan dentro de ciertas margenes.

5 Bien necesitan de esta Indulgencia los dos Principes, cuya preferencia se questiona, porque ninguno de ellos fue Santo. Uno, y otro tuvieron no leves vicios. La ambicion, y la incontinenca fueron comunes à entrambos, y la ambicion en entrambos acompañada de la mala fé. Explicóla, el Moscovita en la invasion de la Livonia, violando con frivolos pretextos los tratados, que habian, desde que la habia conquistado Gustavo Adolfo asegurado aquel País à la Suecia, y engañando con promesas de Paz por medio de su Embaxador en Stokolmo, al mismo tiempo que estaba disponiendo la guerra. El Monarca Francés, dicen muchos Autores, pecó tanto en esta materia, que la relacion de sus infracciones de tratados con los Principes vecinos, coloreadas con falaces apariencias, casi vendría à ser una historia completa de su vida politica. Pero debo añadir, que aunque lo publicaron así España, Italia, Inglaterra, y Alemania, lo publicaron quando eran enemigas de la Francia; y así, hasta saber si hay Autores Franceses veridicos, que con vengan en ello, suspenderé el asenso.

6 La incontinenca en Luis XIV, sobre escandalosa por pública, casi fue un pecado de por vida. Y en ella fue de especialisima nota la monstruosa torpeza de despojar al Conde de Montespan de su legitima esposa, para que sirviese muchos años à su lascivia. No hallo en las Historias, que leí del Czar Pedro, que sus desordenes en esta materia pasasen de la juventud; y aun se dice, que en los diez años, que mediaron desde el repudio de la primera muger, hasta su casamiento con la segunda, no tuvo comercio con muger alguna. Pero à toda su vida trascendió la mancha

cha de repudiar, y cerrar en un Monasterio à su muger la Princesa Eudoxia, y casarse con otra, viviendo ella, sin que precediese de parte de esta otra culpa, que quejarse de las infidelidades del Czar; pues aunque no falta Autor, que la creyó indiciada de adulterio, fue rebatido por otros mejor informados; y como dice el Anonymo Escritor de la vida del Czar, impresa en Amsterdam el año de 1742, toda la Rusia está plenamente persuadida de su inocencia.

7 Demas de estos vicios, comunes à los dos Monarcas, otros tres se atribuyen al Rusiano, de que no adoleció el Francés. El primero, la intemperancia en orden al vino, y licores fuertes. El segundo, dexarse arrebatrar de la ira, tal vez por levisimas causas. El tercero, la crueldad.

8 Los dos primeros capitulos son ciertos. Pero se rebaxa mucho de su fealdad con dos consideraciones: La primera, que esos vicios eran en gran parte influidos por la barbara educacion que tuvo: La segunda, que hacía no leves esfuerzos por vencer una, y otra pasion, especialmente la de la ira; y aun se lastimaba amargamente de la gran dificultad, que hallaba en reprimirla; de modo que, segun el Autor poco há citado, muchas veces al revenir de sus raptos se le oyó prorrumper en esta, ù otras semejantes exclamaciones: *To reformo à mis Vasallos, y no puedo reformarme à mí mismo: maldito temperamento, funesta educacion, que no puedo vencer por mas reflexiones, y propositos que hago.*

9 Lo de los conatos del Czar, para vencer su pasion por el vino, y licores fuertes, afirma el Historiador Inglés Burnet, que trató al Czar en Londres. Pero es mas probable, que nunca la venció.

10 El capitulo de crueldad es el en que yo no puedo cõvenir absolutamente. Es verdad, que Pedro executó muchos, y severisimos castigos, pero muy merecidos de repetidas sediciones, cuyo asunto era despojarle, no solo de la corona, mas tambien de la vida. A que se añadió, que

que los Rusianos, gente entonces barbara, feróz, y dura, solo podian ser contenidos, proporcionando el rigor à su ferocidad.

11 Fuera de esto, halló en la Historia de este Principe muchos actos de singular clemencia. A su hermana la Princesa Sofia, que fue autora de las repetidas conspiraciones contra la vida del Czar, no dió mas castigo que clausura de un Monasterio. Y al Principe Galicin, instrumento principal de aquella Princesa, no mas que el destierro à la Siberia. A los Cosacos rebeldes, que haciendose del partido del Rey de Suecia, tomaron las armas contra él, solo castigó desarmandolos. En la batalla de Fraustadt el General Sueco Renschild, Capitan insigne, pero cruel, hizo degollar à sangre fria à seis mil Rusianos rendidos. Podia el Czar, por el derecho de represalia, executar lo proprio con muchos prisioneros Suecos que tenia, y à todos dexó con la vida.

12 En general con los prisioneros de guerra era, no solo benigno, y dulce, mas aun noblemente generoso. Esto mostró en varias ocasiones. A los prisioneros de la batalla de Pultava, en que fue enteramente derrotado el Rey de Suecia, despues de concederles grociosamente unas condiciones, mucho mas ventajosas, que las que en la infeliz situacion, en que se hallaban, podian esperar, trató con la mayor humanidad del Mundo. Para cuya demonstracion copiare aquí las palabras del Autor de las *Memorias del Reynado de Pedro el Grande*, (B. Yyvan Nestesuranoi) impresas en Amsterdam el año de 1740.

13 „La suerte de tantos infelices le hizo (*al Czar*) una „impresion muy sensible, y mas de una vez desaprobó la „conducta de un Principe, (*el Rey de Suecia*) que de esta „manera sacrificaba à su ambicion tantos fieles Vasallos, „de quienes debia ser Padre, y Conservador. Concedió „generosamente la libertad à todos los Generales, y Ofi- „ciales; y por dár à los Soldados rasos señales sensibles „de su compasion, hizo distribuir à estos miserables mas „de quince mil ducados. El dia siguiente convidó à su „me-

„mesa à todos los Generales Suecos; y habiendose infor- „mado con aquella afabilidad, que le era tan natural, de „el Felt-Mariseal Renschild, a qué numero llegaba el „Exercito Sueco antes de la batalla; y sabido de él, que „contendrian diez y nueve mil Suecos, y de diez à once „mil Cosacos, le dixo: *¿Cómo es posible, que un Principe „tan prudente como el Rey de Suecia, se haya aventurado „con un puñado de gente en un País incognito, y tan des- „dichado como este?* Habiendole respondido Renschild, que „ellos no habian sido consultados siempre para las operacio- „nes, si solo que como fieles Vasallos habian servido siem- „pre sin contradicion à su Rey: Esta fidelidad agradó tanto „à su Magestad Czarina, que quitandose la espada, que „tenia à la cinta, se la dió al Conde Renschild, pidiendo- „le que la conservase, como prenda de la estimacion que „hacia de su persona, por ser tan fiel à su Rey. No mostró „menos bondad con el Conde Pipér; y para que todos los „prisioneros clasicos fuesen asistidos de todo lo necesario, „los distribuyó por huespedes à sus Generales. El Conde „Renschild tocó al Conde Scheremeteff; el Conde Pipér „al Conde de Coloiukin; el Principe de Wirtemberg al Prin- „cipe Menzikoff; el General Stakelberg al General Rone, y „asi de los demás.“

14 Es verdad, que no fue despues consiguiente en este proceder humano con los prisioneros de Pultava, los cuales relegó à la Siberia: y de los dos primeros Generales Renschild, y Lovenhaut, el segundo vivió miserrimamente aprisionado en Moscovia, donde ultimamente murió: infelicidad que comprehendió tambien al Conde Pipér, primer Ministro del Sueco. Acaso esos dos Proceres le darian despues algun motivo especial de resentimiento, Renschild fue cangeado.

15 Al Comandante de la Flora Sueca Erenschold, de cuyo valor fue testigo en la batalla de Alandt, luego que le hizo prisionero, regaló con un vestido rico; y despues de elogiarle altamente delante de todos sus Oficiales, le ofreció su amistad para siempre.

16 El proceder que tuvo en la toma de Nerva fue digno del mas noble Heroe. Obstinado el Sueco Gobernador en no rendirse, entraron los Rusianos la Plaza por asalto. Ordenó al punto el Czar á sus Oficiales, que impidiesen toda violencia sobre los habitantes; mas no pudiendo estos contener á los Soldados, que furiosos robaban, violaban, y mataban quanto veían, acudió el Czar por sí mismo al remedio; y corriendo de calle en calle, arrancaba las mugeres, y los niños de las manos de los Rusianos, amenazaba á estos con los mas severos castigos para que se detuviesen, ayudando al imperio de su voz el terror de su espada, pues con ella mató mas de cincuenta de los que halló mas obstinados en proseguir las violencias. En fin, atajado el desorden, haciendo juntar en la casa de Ayuntamiento los principales Ciudadanos, entró él; y poniendo su espada toda bañada en sangre sobre una mesa, les dixo estas palabras: *No es sangre de los Ciudadanos de Nerva la de que está teñido este acero, sino la de muchos Rusianos, que he sacrificado á vuestra conservacion.* Depositada está hoy la espada en aquel sitio, ostentandose como monumento precioso de la humanidad de aquel Monarca; y sería justo, que en las paredes de todos los Edificios publicos de Nerva, se escribiese con caracteres de oro todo el hecho.

17 He expuesto á Vmd. los vicios de los dos Monarcas, en que no siendo grande la desigualdad, se hallará menor, ó ninguna, si se atiende á dos circunstancias, que disculpan en parte los del Moscovita, y gravan los del Francés: la educacion, y la Religion.

18 La educacion del Moscovita, como ya se insinuó, fue perversa; y nadie ignora quanto la calidad de la educacion influye en todo el resto de la vida. Toda Religion llena de errores, qual es la que profesaba el Czar, turba mucho la vista intelectual en orden á la mortalidad. Ni una, ni otra disculpa se puede alegar á favor de Luis XIV. Su educacion fue bella debaxo del gobierno del Marqués de Villeroy, hombre bueno, y hábil, y á la vista de su Madre Ana de Austria, de quien dice el Historiador Mr. Larrey,

rey, que todos los Escritores concuerdan en darla *el bello elogio de la mejor Reyna del Mundo.* Profesó siempre la Religion Catholica Romana, cuyas santas máximas no podian menos de darle continuamente en rostro con sus relaxaciones. Asi no tenia otro recurso para hacerlas menos intolerables, que el general de todos los viciosos, la fragilidad humana.

19 Pasados ya en revista los vicios, que afean á los dos Monarcas, traslademos la consideracion á las acciones, ó virtudes que los ilustran. Y aqui es donde yo descubro unas grandes ventajas del Rusiano sobre el Francés.

20 No se puede negar, que Luis XIV. fue dotado de muchas buenas qualidades: hombre discreto, de juicio sólido, de espiritu constante, bastantemente aplicado al gobierno, de una entereza Régia, mezclada con afabilidad popular, amante de la justicia, en quanto no obstaba ó á su ambición, ó á su deleyte, estimador del merito, humano, liberal, propenso á que en el Reyno floreciesen las Artes, Ciencias, y Comercio. Mas si estas partidas bastan para constituir un buen Rey, no son suficientes para constituir un gran Rey. Y aun permitiendo, que sean suficientes para constituir un gran Rey, añadiré, que no lo son para constituir un Rey, tal, que merezca adaptarsele por renombre el epitero de *Grande*; que es muy distinto lo uno de lo otro. No dá idéa, pongo por exemplo, tan magnífica de Alexandro, decir, que fue un gran Principe, ó un gran Guerrero, como llamarle *Alexandro el Grande*: no dá idéa tan magnífica del Santo Pontifice Gregorio el Primero decir *fue un gran Papa*, como nombrarle, y designarle con el distintivo de *el Gran Gregorio*. Esto segundo pide una grandeza, no como quiera, sino grandeza heroyca: es aclamar la excelencia del sugeto con una especie de entusiasmo: significa estatura, no solo superior á las comunes mas enteramente agigantada.

21 Dexando, pues, bastante campo á los Panegyristas de Luis XIV. para que se extiendan en sus alabanzas, me contentaré con decir, que este Principe en ninguna mane-

ra arribó la grandeza del Heroísmo. Porque pregunto: ¿qué acciones propias de Heroe executó Luis XIV.? Ni una halló en toda su Historia. Confieso, que hizo algunas cosas utilísimas, quales fueron, sobre todo, la extincion de los duels, y el destierro de la heregía. Pero ni estas, y mucho menos otras inferiores à estas, pendian, de extraordinarios esfuerzos, ò de alcances superiores.

22 La heregía estaba enteramente desnuda de fuerzas, quando fue la revocacion del Edicto de Nantes. Los Duellistas no constituian partido, porque no lo eran por profesion; y à un quando se uniesen, sería en cortísimo número. Así la execucion de uno, y otro no le costó à Luis XIV. mas que quererla, y decretarla. De modo, que en las circunstancias, en que entonces estaba la Francia, otro qualquiera Rey, que se aplicase à ello, haría lo mismo. Lo propio digo de todo lo demás que quicran aplaudir en este Principe. Quando entró en el gobierno, estaba la Francia enteramente pacificada, los disturbios de la minoridad extinguidos. Por recomendacion del Cardenal Mazarini vió luego à sus lados dos insignes Ministros, destinados à diferentes asuntos, Juan Baptista Colbert, y Miguel de Tellier, que partian entre sí todos los cuidados grandes de la Corona de Francia. A Colbert se debió quanto se adelantó entonces la Francia en el Comercio, en la Marina, en Edificios públicos, en Ciencias, y Artes, de que fue amantísimo, y liberalísimo Protector. A Colbert sucedió el Marqués de Louvoix, gran Ministro tambien, de vastísima capacidad, y suma aplicacion; por lo que pudo cumplir con los muchos, y altos empleos que tuvo. Asistiendo à Luis XIV. tales Ministros, no le quedaba que hacer, sino autorizar sus ideas para que se executasen.

23 Por lo que mira à las grandes ventajas, que logró en las guerras con los Principes vecinos, aquellas se debieron à los excelentes Generales que tuvo. Y no hay que decir, que él los formase, ò en alguna manera concurriese à hacerlos tales, pues à las mayores de todos ellos el Principe de Condé, y el Mariscal de Turena, à quienes justisi-

ma-

mamente se puede aplicar lo que dixo Virgilio de los dos Scipiones: *Duo fulmina belli*, hechos los halló, y con la fama ilustre ya quando empezó à reynar. Los grandes Generales comunmente dexan buenos discipulos; y así sucedió en la mayor parte del reynado de Luis XIV. Sobre todo, el Duque de Luxemburg, que fue quien principalmente, despues que faltaron aquellos dos Heroes, mantuvo la gloria Militar de la Francia con ilustres, y repetidas victorias, debaxo de la conducta del Principe de Condé habia aprendido el ministerio de la guerra.

24 De que resulta, que bien considerado todo de las grandes cosas que se hicieron en el reynado de Luis XIV, la unica gloria, que solidamente le queda à este Monarca, es haber conocido los grandes talentos de algunos Vasallos suyos, haberlos empleado, y atendido.

25 ¿Pero que? Aun dentro de esta misma especie cayó en algunas gravísimas faltas, que verisimilmente hicieron infelices los ultimos años de su reynado. Habiendo los dos Principes de su sangre, el de Conti, y el Duque de Orleans, dado en algunas funciones, en que se hallaron muestras de un extremado valor, y una acertadísima conducta; por unos zelos, ò llamense rezelos propios de un corazon pusilanime, los retiró del manejo de las armas, y tuvo ociosos el resto de su vida. Y aun al de Orleans lo poco que le ocupó le tuvo atadas las manos con ordenes opuestas à sus buenas ideas; por lo que verisimilmente se perdió la gran batalla de Turin, en que el Duque quería que el Exercito Francés saliese de las lineas à recibir los imperiales en rasa campaña, que es lo que debia hacerse, segun los mejores Maestros del Arte Militar; y el orden de la Corte, que le presentó el Mariscal de Marsin, le obligó, con sumo pesar suyo, que no pudo, ò no quiso disimular, à esperarlos dentro de las trincheras. El mismo desayre habia padecido cinco años antes el Mariscal de Catinat, à cuya prudente conducta fue preferida la temeridad del de Villeroy, de que se siguió el destrozo que los Franceses padecieron en Chiari.